

VISPERAS DE BODA

Por Federico Gana

I

Un mediodía del año 1887, don Pedro Sánchez, que dormitaba, como era su costumbre, en el interior de su acreditada droguería, situada en el barrio de la Cañadilla, vió entrar a ella a un joven pobremente vestido. Traía dos recetas, y al examinarlas don Pedro para su preparación, observó que ambas estaban destinadas a curar un alcoholismo inveterado. Dirigió con atención la mirada al rostro del recién venido y vió en él todos los signos del terrible mal. La nariz y las mejillas de un encendido color carbrizo, las venas de la frente extraordinariamente dilatadas y la cabeza con un ligero balanceo. Sin embargo, esa fisonomía desfigurada por los excesos conservaba cierto aire de indefinible distinción. Era, además, hombre como de treinta y ocho años, alto, bien constituido y en sus modales y apostura había una negligencia de buen tono, a pesar de la mísera vestimenta.

A don Pedro le interesó instintivamente el personaje, y como la ausencia del regente de la droguería le tuviese fatigado, dirigióle la palabra mientras preparaba las recetas:

—¿Usted vive aquí cerca?

—Sí, señor, en la calle de tal.

—¿Son para usted estos remedios?

—Sí; hace varias noches que no puedo dormir.

—Yo entiendo algo de estos males, porque

he sido interno de un hospital hace ya varios años.

Entonces el joven, con esa nerviosa ingenuidad característica de casi todos los alcohólicos, refirióle sus sufrimientos, las angustias de las noches sin sueño, las extrañas visiones, y entrando en más detalles, describió minuciosamente un ataque de "delirium tremens", en el que había visto llenarse la habitación y hasta su lecho de una muchedumbre de pequeños frailecitos vestidos de blanco, coronados de rosas, que llevaban velas encendidas y tocaban a todo vuelo campanillas, lo que le había causado un terror indecible.

La amistad estaba trabada. Presentáronse:

—Juan Marcoleta, servidor de usted.

Don Pedro dióle amistosos consejos, y cuando el cliente se despedía, le dijo afectuosamente que no olvidase de pasar a verlo siempre, que estaba a su disposición para lo que se le ofreciese.

Don Pedro sentóse después en su cómoda poltrona y se adormeció de nuevo, pensando vagamente en su numerosa familia y sus placeres acostumbrados.

El apellido de su nuevo cliente perseguíale como una pesadilla: "Marcoleta, Marcoleta, pensaba, buen apellido, viejo apellido... Hay que averiguar esto", dijose levantándose y dirigiéndose a almorzar en compañía de su familia.

La casa que arrendaba don Pedro, donde tenía también establecida su droguería, era



una de esas antiguas construcciones coloniales, con gruesas columnas al frente, enorme peristilo que encuadraban la ancha puerta, claveteada de bronce, patios extensos y grandes habitaciones casi dismanteladas. Don Pedro era el más prestigioso droguista del populoso barrio de la Cañadilla, fama que se debía en gran parte a sus conocimientos médicos, adquiridos prácticamente en los hospitales, conocimientos que ejercitaba libremente y sin protestas de nadie, en todo el barrio. Tendría, a la fecha en que principia nuestro relato, cincuenta y ocho años, que tal vez llegaban a sesenta, era de elevada estatura, ligeramente obeso, y en su encendido rostro, picado ligeramente de viruelas, había una expresión risueña, vivaz y obsecuente, que le atraía a primera vista la buena voluntad de todos los que le trataban. Su mesa estaba siempre puesta para todo el que llegara a visitarle; apreciaba las largas charlas después de las comidas abundantes y no le desagradaba en absoluto el bello sexo.

Cuando llegó al comedor donde ya estaba reunida toda la familia, declaró la nueva amistad que acababa de hacer y una de las niñas, la menor, dijo:

—Don Juan Marcoleta, lo conozco mucho... pasa siempre por aquí, pero dicen que es muy borracho el pobre joven.

Don Pedro consideró un instante con gravedad a la que le hablaba, é inconscientemente, tal vez, en seguida clavó una risueña mirada en el rostro de su esposa que estaba sentada al frente.

La historia de don Pedro Sánchez era breve y sencilla, igual a la de tantos de nuestra clase media de la época que describimos. Hijo de quién sabe quién y de una madre pobre y desamparada, habíase criado a la sombra monacal de uno de nuestros grandes hospitales. Ahí, insensiblemente, habíase educado, llegando a ser con el tiempo el practicante de confianza del establecimiento. Sus relaciones con el monjío y las eminencias médicas que frecuentaban el hospital, dábanle poco a poco prestigio en el barrio de la Cañadilla. Sus modales eran corteses, agradables, con esa amabilidad jesuítica infiltrada en sus venas con la edu-

cación y la vida monjil de sus primeros años. Su carácter aparecía franco, generoso y lo era por conveniencia, lo que después le había atraído numerosos amigos y relaciones con toda clase de gentes. Su matrimonio había sido ventajoso y agradable. Se casó joven, con una niña que, sin ser hermosa, era simpática y poseía una pequeña fortuna que don Pedro recibió inmediatamente de celebrada la ceremonia nupcial.

Con este capital compró una pequeña botica; pero año a año su mujer le obsequiaba un hijo, ya un hombre, ya una mujer. Los apuros de dinero, las dificultades de la vida principiaron para don Pedro. Había noches que éste las pasaba de claro en claro, tratando de resolver sus dificultades. Amigos de confianza aconsejaronle que arreglara su situación en una forma fácil y corriente. Hizo entonces una cesión de bienes a varios acreedores imaginarios, salvando así a su familia de la miseria. Poco después, un incendio intencional de su negocio, del que resultara inocente, permitíale aumentar sus operaciones. El éxito feliz de ambas operaciones, atrájole el respeto y la consideración de todo el barrio. Su fortuna, al decir de sus amigos, era sólida, considerable. Cuando llegaban las elecciones, era la persona llamada por el Gobierno para obtener la victoria. Sin embargo, no era completamente feliz. Habría querido ser miembro del Club de la Unión y rozarse con la gente de valía, y estas aspiraciones las tenía también su familia.

Días después de esta amistad que don Pedro había hecho, tomó minuciosos informes sobre el joven Marcoleta, y supo que pertenecía a una aristocrática familia de Santiago, que era hijo de uno de los más famosos políticos que habían figurado en las pasadas administraciones, que a la muerte de su padre habíase dirigido a Europa, donde derrochaba íntegramente en poco tiempo la gran fortuna que había heredado, y que ahora vivía en la miseria, en un zaquizami de la Cañadilla, de una corta pensión que le pasaba uno de sus parientes millonarios. Estas noticias habíalas tomado don Pedro de los numerosos comensales y panaguados que venían a su casa y se sentaban a su mesa.

El prestigio del joven Marcoleta crecía de día en día en la familia Sánchez, y todos se imponían con interés, con cariño de estos descubrimientos. Considerábanle ya como a al guion con quien tuviesen deberes de familia que cumplir. Muchas veces, cuando todos estaban reunidos, solíase escuchar un suspiro leve de la señora Mercedes, que por una misteriosa sugestión parecía interpretar el sentimiento general con esta breve frase:

—¡Pobre joven!

La vida que se llevaba en el hogar de don Pedro Sánchez era cómoda, tranquila, agradable. Desde por la mañana doña Mercedes presidía a las sirvientas que hacían el arreglo de la casa; las hijas, que eran tres, Julia la mayor, Berta y Zoila, el resto del día ya se ocupaban de costuras y tejidos, ya en la atención intermitente de la botica, vendiendo las mil menudencias que una droguería contiene, ya vigilando la conducta del regente, para observar si introducía la mano en el cajón del dinero, ya atendiendo el despacho de las recetas que don Pedro enviaba desde los altos del establecimiento, donde recibía la numerosa clientela que diariamente le visitaba y que le dejaba muy buen dinero.

Entre once y media y doce del día, principiaban a llegar los comensales acostumbrados de aquella casa hospitalaria, y éstos eran aquellos que habían servido fielmente a don Pedro en sus complicadas operaciones comerciales: Eulogio Palma, borracho pacífico, silencioso y abúlico, que tanto servía para copiar con irreprochable forma de letra inglesa un escrito, como para declarar bajo juramento sobre cualquier asunto que a don Pedro conviniese; don Silvestre Angulo, tinterillo profesional, que así hacía un escrito como se sustrala un documento importante de un expediente o falsificaba una providencia; don Pedro Castro, alias "Cacho de Tinta", abogado venido a menos por la ebriedad profesional y que en casa de don Pedro Sánchez ejercía una especie de dictadura, por los efectivos y eficaces servicios que había prestado a su amigo en la cesión de bienes y en el incendio de marras. A estos invitados, que



así nunca faltaban, agregábanse dos jóvenes abogados, recientemente recibidos, que de cuando en cuando venían a la casa, y don Pedro presentaba siempre con gran agasajo, entre cariñoso y burlón, con esta breve frase:

—Don Luis Artigas y don Conrado Frías, miembros del foro...

Estos muchachos, que pertenecían a dos buenas familias de la sociedad, se ocupaban más de divertirse que de ejercer su profesión, pensaban vagamente en el porvenir y les atraía esa vida despreocupada que se llevaba entonces en ese curioso barrio de la Cañadilla.

Don Juan visitaba ahora a menudo a don Pedro, quien le colmaba de pequeños servicios de toda naturaleza. Un día que conversaba de su enfermedad y de la soledad de su vida, díjole don Pedro, bondadosamente:

—Mire, don Juan, ¿por qué no se deja de cumplimientos y se viene a vivir con nosotros? Mi familia y yo lo atenderemos en lo que podamos...

Pero don Juan rehusó y guardó silencio. Pasaron algunos días después de esta con-

versación, y como viese do: Pedro que su amigo no aparecía por la botica, fué a visitarlo a su cuartucho y lo encontró convaleciente de un nuevo y furioso ataque de "delirium tremens", que había tenido. Estaba flaco, extenuado, sin fuerzas casi para hablar. Entonces don Pedro le dijo así:

—Yo no puedo dejar que usted se muera; sería un crimen abandonarle en esta situación. ¿Usted se viene inmediatamente a mi casa!

Tales palabras las dijo con tal exaltación y autoridad, que don Juan no se atrevió a negarse. Ese mismo día trasladóse a casa de don Pedro, donde fué recibido como un antiguo miembro de la familia, largo tiempo ausente. Llamóse a una eminencia médica amigo de don Pedro, y éste, después de reconocerle detenidamente, declaró que el menor exceso alcohólico acarrearía una muerte inevitable.

Felices fueron para don Juan los días que pasó en casa de su bondadoso amigo. A su soledad y desamparo habían sucedido los cuidados, atenciones, los afectos de una familia numerosa. Y hasta el amor parecía principiar a florecer en aquella nueva casa.

Una de las hijas de don Pedro, Zoila, la menor, mostrábase con él turbada, ruborosa, en sus rápidas entrevistas.

Un día que estaban juntos, Marcoleta dijo:

—Señorita Zoila, estoy profundamente agradecido a don Pedro por todas las atenciones que él y ustedes han tenido para conmigo, y siento gran vergüenza en no poder corresponder luego, como es debido, tantos servicios. Mañana me iré a mi casa con este sentimiento.

La niña le miró a los ojos y le dijo sencillamente:

—¿Y por qué no se queda con nosotros siempre!...

Don Juan guardó silencio un largo rato. Estas palabras hicieron impresión en su corazón de gentilhomme.

En la noche, en un largo insomnio, pensaba en esa niña que no era hermosa, y se decía:

—¿Qué vale mi nombre sin dinero! Nada. Soy una sombra, un pingajo humano que

luego se desvanecerá. Fagaré mi doudú; me casaré con esa niña, si me acepta."

Al día siguiente, en medio de las protestas generales de don Pedro y de toda la familia, volvíase a su antiguo cuarto. Días después volvió a la botica. En un momento en que quedara solo con don Pedro, le dijo:

—Quiero hablarle de un asunto serio, delicado.

—Diga, — contestó don Pedro.

Entonces Marcoleta, gravemente, dijo:

—Estoy enamorado de su hija Zoila y deseo saber si usted me concede su mano.

Al escuchar estas palabras, el rostro de don Pedro congestionóse de una alegría íamensa; sin embargo, contestó con tono seco, grave y severo:

—Estas cosas, don Juan, hay que hablar las primero con la familia. Vuelva usted mañana, a tal hora.

Al día siguiente, esperábase don Pedro vestido cuidadosamente de levita en el pequeño salón de la casa. Al ver entrar a Marcoleta se levantó, lo abrazó con delicadeza y le dijo:

—Todo está hecho, don Juan; pero qué de lágrimas y suspiros las de todas estas mujeres. Al fin, es la menor la que se nos va, pero yo tengo también la satisfacción de tener un hijo más en mi vejez, — terminó con emoción, mientras sus ojos se humedecían y su encendido rostro se congestionaba aún más.

Después hablaron tranquilamente. Dábale don Pedro consejos sobre los cuidados que requería su enfermedad, entre los que entraba en primer lugar, la abstención absoluta del alcohol. Don Juan asentía en silencio, y una expresión de inmenso cansancio y de infinita tristeza reflejábanse en su rostro enflaquecido.

Fijóse la fecha de la ceremonia nupcial y acordóse, por disposición de don Pedro, dar un banquete en la víspera de ella.

Por fin llegó el día de aquel banquete extraordinario, ofrecido por la familia Sánchez como una manifestación de alegría y de agradecimiento hacia la suerte de casar a su primera hija con un miembro de la aristocracia más pura de la capital.

Desde el amanecer doña Mercedes, acom-

pañada de sus dos hijas y una sirvienta anciana, habíase preocupado de echar un vistazo general al arreglo de la casa, que la dejó henchida de satisfacción. La novia, en su pieza, desde hacía días, cosiendo con una modista, sólo de cuando en cuando aparecía en la puerta de su habitación para dar a gritos una orden, o recibir la rápida visita de alguna amiga íntima que venía a felicitarla.

A las cinco de la tarde principiaron a llegar los invitados, que eran los boticarios más conocidos de Santiago de esa época, personas sencillas, bonachonas, vestidos ellos y sus mujeres con trajes pasados de moda, inapropiados tal vez para la estación, y este descuido en la indumentaria contrastaba con el corte irreprochable del chaqué de Mareoleta y la larga levita azul y la corbata blanca de don Pedro. Además, la forzada abstinencia del aguardiente había hecho palidecer, como un cielo que se despeja, la mariposa alcohólica de las narices y mejillas del novio, devolviéndole algo de su perdida hermosura viril.

Y ahí estaban reunidos en el pequeño salón, bebiendo grandes tragos: ponche en agua con torrejitas de limón que serviría de aperitivo, al decir de don Pedro. La conversación rodaba pesada, lenta, entre todas aquellas personas que poco se conocían, con ese tono de inusitada socarronería que a veces tienen las charlas en esa clase de reuniones. Hablábbase a ratos de política y de negocios, y se repetía lo leído en los diarios de la vispera. Tal vez este encogimiento general de la concurrencia obedecía a la tristeza que se reflejaba en el semblante de Mareoleta, que era el único que no bebía, sino de unas aguas medicinales que su suegro le había preparado para substituir las excitaciones del alcohol. De pronto la reunión se animó, con la llegada de don Pedro Castro, o sea "Cacho de Tinta", quien, como de costumbre, venía achispado ya, alegre, dicharachero; de Angulo, Palma y los dos abogados, Frías y Artigas. La novia hizo también una aparición en la sala, para saludar a toda la concurrencia, y aquí de los afectados cumplimientos para celebrar su belleza, hermoso

traje de seda gualda, que hacía resaltar su rubor, el brillo de los ojos y su sonrisa.

Llegaban ya las primeras sombras de la noche, cuando alguien anunció:

—La comida está servida.

Y poniéndose de pie la concurrencia, celebraron todos el arreglo del patio, que a esa hora crepuscular brillaba como el día con la luz de infinitos farolillos chinoscos, que alumbraban la verdura de innumerables bambúes y toda suerte de plantas florecidas. Pero cuando el entusiasmo de los invitados llegó a su máximo, fué al entrar al comedor, iluminado profusamente con numerosas lámparas de parafina y de gas. La larga mesa aparecía repleta de viandas y de flores, y



la mirada se extendía por aquella confusión de grandes castillos de dulce, de pavos recién asados, de los famosos jamones de Valparaíso, de enanchitos en adobo, azafates con mayonesa, y en enormes redomas traídas de la botica, el ponche en agua, donde navegaban torrijas de naranja y de limón. Los señores de Balmaceda, de Arturo Prat, de Francisco Bilbao, contemplaban impasibles entre las grandes banderas chilenas y palmas que a sus plantas había colocado el patrioterismo ingenito de nuestra raza, aquel espléndido banquete.

Aquella comida principió alegremente, gracias al abundante aperitivo del ponche. Sentáronse los invitados aquí y allá, respetando si los asientos de don Pedro, que presidía acompañado de su esposa, la señora Mercedes, don Juan Marcoleta a su lado, y la novia al lado del dueño de casa. Frías y Artigas, al costado de Julia y Berta. Y don Pedro Castro, que con lo que bebiere antes de llegar y los numerosos tragos que tomara después, ya llegaba a los límites de la ebriedad, no lejos de la cabecera.

Escuchábase el ruido de cucharas, tenedores y cuchillos en medio de las alabanzas que se prodigaban a los que habían arreglado y hecho aquella espléndida manifestación; las señoras, sobre todo, hacían comentarios:

—Mira, hija. ¡Qué postre más lindo! ¡Qué pavos mejor adornados! ¡Qué flores más preciosas! ¡De dónde las traerían!

Y ante este coro de alabanzas que se dirigían a la dueña de casa, doña Mercedes declaraba modesta:

—Todo lo que ustedes ven, se debe a las niñas, — y señalaba a Berta y Julia, que inclinaban la cabeza ruborizándose.

El rostro de don Pedro resplandecía como un sol de estío, de alegría y de felicidad. A su lado don Juan parecía también participar del entusiasmo general, a pesar de que, no obstante las exigencias de sus vecinos, comía poco de aquellos sabrosos manjares. Las conversaciones que al principio eran en voz baja, como el zumbido de una colmena, fueron elevándose poco a poco. Los dos abogados, Frías y Artigas, habíanse dedicado a atender a las esposas de

los boticarios que no estaban lejos de ellos. Escuchábase grandes careajadas de éstas ante algunas confidencias picantes que les hacían. Angulo y Palma, sentados lejos de la cabecera, comían, bebían y se atracaban sin tasa, en silencio. Don Pedro Castro, como de costumbre, tenía monopolizada la palabra sobre asuntos que a nadie interesaban; hablaba de política y se dirigía en particular a don Pedro, quien le hacía distraído leves signos de aquiescencia. Pero el vigoroso vino de Chile principiaba a hacer sus efectos en la numerosa concurrencia, que perdía poco a poco aquella compostura afectada, llena de miramientos, que había cuando principiara la comida. Abandonados los tenedores y las cucharas, usábanse las manos; entre dos vecinos pasábanse una fineza en un tenedor tendido.

Angulo discutía en voz alta, con grosería, sobre cuestiones profesionales que nadie entendía, con Frías, y éste, oprimido por la discusión, le decía:

—Sí, señor; y antes de seguir adelante esta disputa, sería conveniente que averiguáramos primero la genealogía de esa levita que usted lleva,— aludiendo al color verdoso de la vestimenta que usaba el tinterillo.

De cuando en cuando escuchábase una aguda voz femenina que decía:

—¡No me pisen tanto el pie! ¡No me apriete, señor!...

Y así siguió aquella fiesta de familia en que se comía y se bebía a destajo, hasta el instante en que llegaron los brindis. Como de costumbre, don Pedro Castro, que no abandonaba la palabra, continuó con ella y pronunció un largo brindis sobre cuestiones profesionales. Habló de las dificultades terribles de la vida, que obligan a los hombres a defender su situación, la situación de la familia, que es la base de toda sociedad, de la actual sociedad. Pidió permiso para hablar de sí mismo, de todos los servicios que la familia Sánchez le debía. —Y esto lo decía con lágrimas en los ojos.— Y refería claramente los complicados asuntos de la quiebra y del incendio, y la participación que en el buen éxito de estas operaciones le cupiera. "Y aquí tenemos—

dijo terminando — a esta familia que ha llegado merced al cultivo de la flor preciosa de la amistad al pináculo del honor, aliándose con la más pura aristocracia de esta capital.”

Después tomó la palabra don Silvestre Angulo, e hizo presente también lo que había hecho en aquellos dos famosos pleitos; aludió también a la labor modesta de Palma, su compañero y amigo de corazón, quien inclinó en silencio la cabeza. “Y aquí tienen ustedes — dijo concluyendo — cómo las hormigas que nosotros somos, pudimos edificar un palacio, que es esta casa, y este espléndido matrimonio que se prepara.”

A los brindis siguió una larga serie de canciones, cantadas en la guitarra por doña Mercedes, porque en la casa no había piano.

Don Juan no había comido nada; había se puesto sombrero; su cuerpo débil y delicado se estremecía; sus ojos brillaban con los resplandores de la fiebre. Y cuando todos se retiraban de la mesa hacia el salón, don Pedro le dijo:

—Don Juan, ya es hora que usted se retire a dormir, para que esté bien para mañana, que es el gran día...

Don Juan obedeció en silencio.

Cuando don Juan salió a la calle, sintió la cabeza mareada por la ardiente algarabía de aquella fiesta; nacía en lo íntimo de su corazón una tristeza que parecía crecer por instantes como una ola inmensa. ¿Sería tal vez causada por su mal?

Esa noche de julio era fría, desagradable; en lo alto del cielo negrísimo a trechos, la luna en su menguante parecía perderse, confundirse entre las espesas nubes que corrían rápidas hacia el sur. Frente a él veía alzarse entre la penumbra que dejaba la parafina municipal, el gran bulto siniestro del puente de Cal y Canto, que tenía sus ventorrillos cerrados a esa hora. Se acodó en el parapeto mirando hacia abajo. Las aguas del río corrían lentas y silenciosas, y su reflejo de plata vieja parecía aumentar su creciente tristeza.

“¡A dónde he venido a parar! ¿Qué ha sido de mi vida! ¿Por qué he estado en esa fiesta! ¿Por qué?...” Cerró los ojos un

instante y recordó. Vefase joven, rico, libre, lleno de esperanzas en el porvenir; su imaginación reproducía con extraordinaria claridad una escena lejana de su vida: una noche de función de gala en nuestro Municipal, lleno de la élite de Santiago, representábase “Lucía de Lamermoor”, cantada por una de las más famosas artistas del mundo. Y él estaba en su butaca, cerca de la orquesta, y en un palco bajo, frente a él había una hermosa joven vestida de blanco y rosa; era su novia. Sus negros ojos no atendían a la representación, sino que estaban fijos en él, en una entrega absoluta. Todo el dolor de aquella música divina, de amor, del delirio de Lucía, parecía vivir en aquellas hermosas y brillantes pupilas que le miraban fijas y se entregaban. Luego, la salida entre sedas, luces y perfumes, de la muchedumbre elegante, y esa negra mirada purísima fija siempre en él, a la despedida...

Después. el viaje al extranjero, la ausencia, el olvido en medio de los vicios internacionales, la ruina, el alcohol, siempre el alcohol, y la perdición final. “¡Cómo he caído tan bajo, tan bajo!” — se dijo arañando con su mano crispada el parapeto. Trató de llorar para desahogar la angustia que le destrozaba el corazón como una garrá de fierro. No pudo. Un furioso deseo de destruirse le poseía. Miraba vagamente a todas partes, como alguien que se aboga en un mar sin fondo, y vió allá lejos, en la parte baja de los sordidos edificios que bordean el río, brillar una luz lejana, amarillenta. Era un restaurant clandestino donde tantas veces se detuviera a beber; y sonriendo siniestramente, impotente para lanzarse de lo alto del puente a esas aguas tranquilas del río, que corrían impasibles hacia el mar, murmuró empleando una frase cínica de borracho:

—¡Y más que me pongo a tomar ahora! Sería lo mejor...

Se alejó rápido, buscando en sus bolsillos unos billetes que don Pedro le había deslizado en la tarde. Llegó al restaurant, y dijo alegremente a la vieja que servía en el mesón:

—Unas tres botellas del de uva; del más



fuerte, — y agregó mientras le servían:—
¡son para hacer un ponche macizo, señora!

La vieja sonreía desganada ante la confianza de ese caballero elegante.

Don Juan se alejó estrechando febril, amorosamente, las botellas...

IV

Al día siguiente, la fiesta continuaba aún en casa de don Pedro Sánchez. Este y algunos amigos íntimos a quienes no venciera el sueño, entre los que contaban los jóvenes abogados Artigas y Frías, que querían sa-earle el jugo al banquete, permanecían en el patio bebiendo tal cual trago de ponche, haciéndose vagas confidencias y proyectos, esos que engendra siempre la nerviosidad de una noche de insomnio y de alcohol. Todos al igual de don Pedro sentíanse alegres y

ligeros, a pesar de la trasnochada que casi no les permitía abrir los ojos.

De pronto, don Pedro dijo, consultando su reloj:

—Vean amigos, ya son las diez; el novio no llega; debía estar aquí a las nueve; debe haberse quedado dormido el pobre joven... Vamos, vamos todos a despertarlo—dijo levantándose.

Conversando alegremente se dirigieron entonces en grupo a la pobre vivienda de Marcoleta. Vivía éste en el fondo de un miserable conventillo situado en esas callejuelas barrosas que se entrecruzan al final de la Cañadilla.

Don Pedro, entrando al amplio patio surcado de cordeles, á: los que pendía ropa tendida a secar, preguntó en voz alta a una vieja que lavaba afanada:

—Don Juan de Marcoleta, que vive aquí, ¿no se ha levantado, señora?

—Ni se le ha sentido; debe estar dur-

miendo; allá es su pieza — contestó la vieja, extendiendo su brazo hacia el fondo del patio.

Y se dirigieron allá tropezando en las aristas, en los tiestos con flores, sacando lazos a los charcos de agua del piso empedrado y desigual.

La puertecilla de la pieza de don Juan estaba cerrada herméticamente; Don Pedro golpeó con mesura; ni un rumor contestó al llamado. Se consultaban con la mirada, indecisos. Don Pedro dijo en voz baja:

—No le vaya a haber pasado algo; abramos la puerta.

Entonces Conrado Frías, que era vigoroso, aficionado a los sports, dijo:

—¡Quiere, don Pedro, que la eche abajo! Don Pedro hizo una señal afirmativa.

Al violento empujón que Frías diera, abrióse la puerta de par en par.

Don Juan Marcoleta, vestido tal como estaba el día antes, sentado ante una pequeña mesa, con la cabeza perdida en los brazos cruzados, parecía dormir profundamente. Tres botellas, de las que una y gran parte de otra estaban vacías y un vaso a medio llenar, sobre el que revoloteaba un enjam-

bro de moscas, había ante él. Don Pedro puso su mano sobre la inclinada cabeza de don Juan, y le dijo con voz fuerte: /

—Don Juan, don Juan, despierte.

Ante el helado silencio que siguió a estas palabras, don Pedro tocó la frente del dormido Marcoleta, e irguiéndose en toda su estatura, exclamó con voz entrecortada y anhelante:

—¡Está frío... parece que no respira!..

Entonces rodearon todos a aquel cuerpo inerte y mudo y lo palparon nerviosamente, y observaron que el corazón ya no latía, que los ojos estaban cerrados, fríos, sin lumbré de vida, y que un poco de espuma sanguiinolenta asomaba a los labios de aquel novio infeliz.

Al retirarse hacia la casa a dar cuenta de la catástrofe, todos marchaban silenciosos; del rostro de don Pedro parecía haberse borrado para siempre aquella sonrisa amable, simpática, sugestiva, que le caracterizaba. Iba pálido, con el ceño fruncido, preocupadísimo, y repetía a media voz, moviendo la cabeza a ambos lados:

—¡Mal negocio, mal negocio, señor!

